GABRIELE D'ANNUNZIO

CANTO NUEVO



Edición bilingüe
Traducción y prólogo de
Fernando Iscar

POESIA

GABRIELE D'ANNUNZIO

CANTO NUEVO

OFRENDA VOTIVA

Diosa de Chipre,[1] Meleagro de Gádara, coronado
de azafrán, de violetas o de junco marino,

el último hijo de las Gracias que al amor dedicase
versos tenues como tenues vestidos de Coos

te consagró un día en el templo su dulce lámpara,
confidente de sus juegos, de sus amores,

testigo de sus secretas vigilias de entonces, cuando
él destrenzaba la suave cabellera de Heliodora.

Sobre tu altar no depongo, como el Sirio,
una dulce lámpara en ofrenda, recordando placeres,

sino una muy triste rompo hoy por fin, no sin
ira, oh diosa de Chipre; aquella que durante buen número

de noches iluminó mi pálida frente inclinada
sobre los pálidos libros, mientras la Tierra y el Mar

exhalaban a los cielos su voluptuosidad infinita,
¡llenos de ti, oh gran diosa de Chipre, oh Anadiomena!

Aquella hoy con ambas manos rompo
sobre tu altar, oh gran diosa de Chipre, oh Anadiomena.

Tu espíritu de fuego inflame la sangre joven; resplandezca
sobre la ardua frente, única lámpara, el Sol.

CANTO DEL SOL

I

Por fin: el glauco mar desperezase
fresco a los fresquísimos favonios; [2] palpita:
siente en su regazo
los amores verdes de las algas.

Siente: lo rozan en bandadas las quejumbrosas
gaviotas; similares a lo lejos pasan
las rubias y negras velas
al gran sol meciéndose;

y en amplio cerco, espejeándose en el agua,
los frondosos collados parecen imágenes
de pirámides vencidas
por el triunfo de la hiedra.

¡Thálatta! ¡Thálatta! [3] ¡Vuelen, salten
alto, alto, broten del joven corazón
tus breves pirriquios,[4]
oh divino Asclepiades!

¡Oh Mar, oh gloria, fuerza de Italia,
al fin de tus libres olas a las brisas,
como un acero templado,
la Juventud resplandezca!

II

¡Y al fin, ardiente numen, el alma a ti
se abre! Orientada mi frente hacia la gloria
de tus rayos, oh hermoso numen, sonrío
pues siéntome fortalecer.

Me miras, oh sol, y por todo mi ser
un vigor nuevo se extiende; rápidos
—los siento— borbotean rojos
los manantiales de la vida.

III

Oh libros, el sol clásico —Apolo
Febo— innumerables sonrisas

difunde sobre las aguas, y me enciende
una llama de alegría en el corazón.

¡Adiós, variadas, largas cohortes
de libros! ¡Adiós, oscuro ejército
de libros que en las álgidas noches
poblabais de fantasmas mi habitación!

Paternal consejero, Horacio
con nosotros velaba; pero no un ánfora
de cécubo viejo infundió
nuevo vigor de dáctilos al verso.[5]

Por encima de la taza expandía la índica
bebida sus efluvios: las estrofas sáficas,
con murmullo grave e igual,
ondeaban como las frondas,

lentas consejeras de ensueños
para el alma cansada. ¡Oh, cómo Lilia [6]
marmórea resplandecía en la fría
pureza de sus grandes ojos estrellados!

¡cómo por una fría corona de laurel
la inclinada frente sentíame estrechar!
¿Quién vino, oh volúmenes, quién vino
a turbar mis pacíficas vigilias?

Vino una blanca hija de Fiésole,
alta y grácil, como ya los artistas
la esculpieron en dulces alabastros
y pintaron en tablas de oro.

Vino, y con extraños lazos de hiedra
de los largos cabellos sujetóme;
temblando me ofreció su boca,
donde bebí un licor vital

que ahora por todas mis venas circula
como la linfa fresca en el árbol;
de suerte que todo yo me siento,
desde el corazón, por cada vena, reflorecer.

Del fondo del corazón me brotan
impacientes las estrofas. ¡Oh límpida
ebriedad extendida por los cielos

donde el sueño de Dante floreció!

Puros en las albas erraban los sueños
de Beatriz; las gráciles vírgenes
de Fray Juan y de Mino [7]
sonreían en los rubios atardeceres;

a veces, como ecos, despertábanse
la balada de Guido, el lánguido
soneto de Ciño, la octava
melodiosa de Poliziano.

«Yo miro» quizá gemía en las auras
aquel noble espíritu de Pistoya,
«yo miro» gemía «por los prados
cada flor blanca por remembranza...» [8]

Clara y silenciosa el agua del Áfrico
entre la hierba nueva discurría: las sutiles
mimbreras junto a los cauces verdes,
trémulas, sin un susurro, en fila;

silenciosamente, en fila, trémulos
los chopos al cielo de perla erguían
sus ramas, altas vergas de plata
sobre las que brillaban esmeraldas vivas.

Y nosotros pasamos, llevándonos de la mano,
sobre la hierba nueva, a lo largo de las orillas
solitarias; el hermoso collado ascendimos
y nos detuvimos en los célebres parajes.

¡Oh dulce estancia entre los cinéreos
olivos! Un viento soplaba, templado,
pero a lo lejos aparecían nevadas
las primeras cumbres del Casentino.
La hermosa ciudad en su admirable
cuenca resplandecía como en un cáliz
profundo una gema, y a nuestros ojos
su belleza pareció un secreto

cuando desde la sombra, como desde un tálamo,
inadvertidamente de nuevo la miramos,
con ojos velados por el largo
languidecer de los besos, por el lento olvido.

¡Besos que ahora arden en la memoria!
Incluso (¿te acuerdas?) hacían los pájaros
un alegre presagio, en Montughi,[9]
con sus clamores en los cipreses.

Y augurando ¿no señalaban
los chopos hacia mí, en el rápido
tren que abandonaba hacia el ocaso
la verdísima tierra toscana?

¿Pero cuándo, trémulos chopos, sonreír
veréis entre el velo cinéreo
del humo el hermoso rostro de ella
viajando hacia mi cielo samnita? [10]

Entonces sobre mi alta proa en los atardeceres
resplandecerá ella comparable a un áurea
Esperanza, y las rojas velas mías
se henchirán de alegría sobre el mar.

Entonces con ala más firme y libre
las estrofas, brotando del corazón,
entonces con las gaviotas salvajes
volarán por el mar, por el mar.

IV

Venga a mí el ritmo sereno de Albio Tibulo, donde ríe
la inmensa paz del campo en flor,

donde ríen los azules del cielo latino y los soles
rubios y las nubes como en un terso río!
Piden el hexámetro [11] largo y ascendente los fantasmas
que del corazón gallardos me florecen,

y su onda armónica con el breve pentámetro expira
en un bisbiseo lánguido de dáctilos.

Oh fresca surgiendo del regazo divino de las aguas
alba de mayo entre los salados olores de las algas,

yo navego por el golfo como un buen marino samnita,
entre delfines juguetones, rebaño a las musas grato;

yo navego y sentado en la proa te miro imaginando
los amores de una diosa con un mortal, en las profundidades.

Por selvas de rojos corales corren las bodas
por las vivas selvas marinas corre la primavera;

corre... ¡Oh triunfos de actinias que trepan las rocas,
como pétalos de una nueva flora!

¡prados florecidos de pólipos, de madréporas! ¡cabelleras
de medusas que huyen con leve borboteo!

grandes músicas tienen los bosques terrestres, grandes himnos,
mas también estas mudas nupcias valen un himno: ¡amad!

Amad en el profundo silencio, gozad de arcanos
connubios, oh criaturas maravillosas; y yo

descienda al profundo misterio a reunirme en alegría
con la Inmortal, convertido en espléndido numen.

Mas ya nace el sol ¡el sol! El destruye el hermoso sueño marino,
lin el sueño el glauco tálamo desvanécese.

Púrpura son las velas, resplandores bermellón de incendio
ascienden flameantes por los cielos cóncavos,

¡ahí están! y triunfa el sol... ¡Oh frescos escalofríos de las aguas
centelleantes de ámbar y de topacios!

escalofríos primeros de los árboles en las colinas
al soplo amplio del maestral, os siento

en mi corazón palpitante, en mis nervios, en mi sangre, y una estrofa
es cada gemido, una divina estrofa

que vuela al inmenso poema de todas las cosas.
Yo —me grita dentro una voz— ¿es que no soy yo un numen?

V

Un cuerno de oro pálido
en el cielo verdoso brilla. Suspiran
las olas: —es el novilunio;
¡amad, oh jóvenes fuertes, a las vírgenes

oceánicas!— Soplan
a ratos los húmedos vientos, suspiran
las aguas: —oh jóvenes, oh vírgenes,

es el novilunio de mayo; ¡amaos!—

Un semicírculo plateado
cuelga sobre los cerúleos montes que semejan
tendidos atletas cadáveres.
Dicen en el sueño los pétalos: —¡oh céfiros

blandos, preñados de polen,
frescos! ¡oh fresquísimo rocío! ¡oh férvido
amor de una libélula!—
en el sueño los pétalos inclinados susurran.

Una diadema fúlgida
desde el cielo irradia las aguas de gemas
brillantes; en el fondo las algas,
desveladas, anhelan un rayo. Un pálido

rayo las alcanza; melancólicas
ellas miran arriba, por el espejo del agua.
¡Vientos —ruegan las algas—
dad palpito al mar! ¡oh dádselo!

Una gran hoz férrea
parece la sidérea mies segar.
Sombríos en la península
los bosques ondean. Cantan las dríades.

Desde las raíces los escalofríos de amor
ascienden hasta las últimas copas.
—¡Oh noches de connubios!—
desnudas en las cortezas cantan las dríades.

La luna, como un ancla
quebrada, luce en el violáceo
fondo del cielo. Extrañas
voces por las auras llegan. —¡Arría!

Oh pescador, ¡arría!
—le advierten—. Es el novilunio,
la Sirena una insidia
dulce y terrible prepara: ¡arría!

Un gran arco amazónico
de cobre fulgura entre vastas nubes;
quieta la barca, tiene su ancla

en el fondo; inmóvil a popa, yo vigilo.

Todavía el pez no mordió
mi anzuelo, pero asiduo el deseo
muérdeme el corazón expectante,
dulce y terrible enemiga. ¡Y vigilo!

VI

Por la argentina bóveda de las nubes
oblicuos rayos de sol iluminan
las cimas del Maiella,
los collados que en círculo descienden al mar.

Un crepitar fresco propágase
por la campiña: se estremecen
los troncos desde sus profundas raíces,
bajo la lluvia primaveral,

¡mirad! y las puntas del trigo, con temblorosa
alegría, en los surcos yerguen la vigilante
esperanza de espigas rubias,
todo oro bajo los rayos caniculares

cuando en su rica onda los tallos
protegerán corteses, al atardecer
o al alba, la insidia de amor
contra las bellas cantoras.

VII

Gravita el gran mediodía sobre esta, de olas y de plantas,
verde-azulina concha solitaria;

y yo, como el fauno clásico al acecho, me escondo,
plátano sagrado, aquí, entre tus cabellos.

¿Cuándo veré a la ninfa con pávido paso venir,
oculto bajo sus cabellos el ágil cuerpo desnudo?

¿O de repente, quizás, en la dura corteza que aprieto
sentiré su suave carne palpitar?

El ansia me posee, mientras el sol por las hojas y por las ondas
todos sus oros reparte innumerables.

Cae una lluvia luminosa de esquirlas y de escamas
sobre mi cabeza, donde nítida sonríeme su imagen.

Semejan abajo las ondas cerúleas víboras lascivas
iugueteando con fresco estrépito sobre los guijos.

Me infunden en la sangre no sé qué pánica ebriedad
los olores agrestes mezclados al salitre.

Mas ¿quién, entonces, con pasos y con voces y con risas, a lo lejos
altera los ecos de las verdes cúpulas?

De nuevo palpitan vivas las dríades antiguas
en los troncos y ya una dríade entre mis brazos estrecho.

—Oh bella dríade, grata a Menalio,[12] oh rubia
alumna de Cintia,[13] magnífica amadora,

rompe la corteza, desnuda tus miembros mortales:
ágil yo soy y es fuerte la juventud mía

Rompe la corteza, y haz que mis manos ardientes
ponga yo en tu carne como en un fresco río;

haz que por tu pura boca yo de un trago infinito
beba el respirar de la floresta inmensa;

haz que en los verdes ojos tuyos, como Narciso en la fuente,
mi nueva belleza transfigurado yo contemple;

¡oh haz que por una vez en el mundo el Joven
viva como un poderoso dios en su fábula!—.

VIII

Por ti brindo, oh déspota coronado de púrpura, que miras
sobre el mar violeta, sobre la floreciente selva,

como ojo de cíclope nadando en el sueño y en el vino
entre el ondear lento de las amapolas.

Por ti brindo. Brilla nítida en mi cáliz la sangre
que por tu virtud poderosa en los racimos

espléndidos de los collados del Samnio hervía. ¿No así,
di, el himno en los corazones de tus poetas?

¿No así a Horacio la alcaica estrofa ondulante
cuando al albano [14] la redonda faz bermellón sonrió?

Daba murmullos frescos el Digencia entre los chopos, y Vacuna [15]
perdíase lenta en los vapores occiduos.

Pero tú, mar, otros murmullos das, otros cantos; ¡vosotros, collados
divinamente naufragáis! Y náufragos

somos nosotros también; nos empujan los vientos griegos,
impregnados de sal y de perfumes de algas,

al piélago de los sueños; más lento, con blandos espondeos,
fluye el verso de los labios, oh mayo,

oh mayo floreciente, que ríes a las casas lejanas
de nuestra amada, suscitas un imposible deseo.

IX

Nupciales, los vientos hablan a la fresquísima selva,
dormida en la vasta luz plenilunar,

dormida junto al mar que calla. De cerca, calla el mar
lleno de sus profundos, mudos, lejanos amores.

Hablan los vientos: —Oh vosotros a quienes sube por los troncos la linfa,
cual por las venas la viva sangre a los humanos asciende;

Vosotros, verdes atletas, que tendéis los brazos al azul,
en la fecunda tierra húmeda hundidos los pies,

¡acoged el mensaje! A lo lejos una selva virgen
sueña en el monte, bajo la luna, lejanos amores—.

Hablan los vientos. Duermen las selvas. De cerca, calla el mar
lleno de sus profundos, mudos, lejanos amores.

No se mueve hoja ni onda. Silenciosas pasan las nubes
en la suprema luz desvaneciéndose.

Llevan las nubes en su regazo abrazos de los númenes,
voluptuosamente desvaneciéndose.

X

¡Oh bella que frenas el ritmo de tus muslos estupendos

entre los zarzales rojos, descendiendo audaz por la ladera,

alta, abierta la nariz felina al olor de la selva,
violada por el sol, hermosa cantora.

Detiénese en la sombra. Sube el soplo del siroco
por las filas de olivos, lánguido viene del mar!

Espléndidamente azul se asoma el gran mar entre los olivos
cinéreos, plateados. ¿Olfatea ella olor a sal?

No llega el olor salado, pero de las hierbas salvajes acres
aromas brotan bajo su potente pisada.

Entre las acacias de la húmeda ladera riendo se adentra,
y yo la persigo por el intrincado verde.

El pie de Atalanta [15] no fue tan veloz. De las ramas
tronchadas un embriagador perfume brota,

brotan de las ramas encarnadas gotitas de nuestra sangre,
vivas gemas descubiertas por las espinas;

ebrio, no sé ya cuál huele más, si la sangre
o la linfa, el humano espíritu o el arbóreo.

Mas precipítase ella por la ladera. No fue tan veloz
la virgen cazadora cuando lanzó el dardo;

ni a mí me socorre con sus áureas manzanas Afrodita,
como al ardiente hijo de Macareo.

Pero al fin la alcanzo, mis manos pongo entre sus leonados
cabellos. —¡Victoria!— En vano se retuerce.

Como una fuerte llama sonora que todo me envuelva
siento sobre mis sentidos su belleza entera.

Vibra como una llama terrible mientras yo la doblego:
paréceme que se encienda la hierba donde ella cae.

Maravillosa lucha. ¡Aplaudid, aplaudid, aplaudid
como el pueblo en el circo, oh plantas, colinas, mar!

XI

¡Oh cuan espléndidas de sol pasan

las velas dúplices, a lo lejos, y se pierden,
alciones que huyen
hacia islas remotas!

¡Cómo en los límpidos ojos tuyos naufraga
el amor al soplo salado de la brisa,
oh bella que yo domé
—y tálamo nos fue la hierba!

Abajo, en el llano, las jóvenes mieses en verdísima
tempestad ondean, se estremecen los olivos:
es el llano otro mar
de murmullos y escalofríos.

Verdes y cerúleas olas. Y tu alto
cántico las domina desde el collado, oréade [17]
nueva, de mejorana
ceñidas las sienes.

Besos hoy no te pido: en el alma
los fantasmas del arte sonríenme
serenos. Serenos me dicte
Asclepiades los números; [18]

y tu forma clásica en su ágil
estrofa palpite como en el pario
bajorrelieve antiguo
una indócil ménade.

XII

Mas todavía, todavía me tientan tus volubles espirales,
oh alada estrofa, par de sierpecillas aladas [19]

que para Ovidio domaba con áureas riendas un chiquillo
de la prole de Venus,[20] bello y feroz numen.

Luchaban ellas, heríalas el malvado con sus dardos,
caliente manaba la sangre de las heridas.

Reíase el pequeño arquero escogiendo otras saetas
con maligno tintineo, —¡Ceded!

—rogaba el poeta—. ¿Por qué con un dios tanta guerra?
De los Partos él es alumno.[21] ¡Ceded, oh hijos míos!—

No soy yo Ovidio, yo no temo al pequeño armado,
no te confío viles llantos o lascivos amores,

estrofa dilecta. Bulle libre y vivo en mi seno
el corazón, en el gran mayo, ante el gran canto salvaje

que palpita en el bosque, que palpita en el mar, que sube
de las verdes mieses, sube de la viña en flor,

que inmenso ondea por los glaucos cielos difusos,
nimbo de efluvios, torbellino de pólenes,

en el sol, en el sol, en el sol; exultante, resonante,
tronante inmensa voz de mil dioses.

¿Y no está el dios en mí? ¿El pálpito eterno del mundo
no es éste, que mi corazón mortal mueve?

¿No viven quizá los gérmenes de todas las vidas
en mi vida humana? Presiento la inminencia del prodigio.

Sí, extiendo en el cóncavo esquife mis miembros,
ofrezco al paterno sol todo mi cuerpo desnudo.

Tú méceme, oh mar, en tu infinito respiro;
cumple tú, oh sol, la gran metamorfosis.

De mis miembros, hechos gigantes, brote una selva.
Los navegantes descubrirán la ignota isla, al atardecer.

OFRENDA VOTIVA[22]

Pan, una granada que ríe con su numerosa
risa bermellón por los semiabiertos labios;

y en su frondoso tallo un pingüe, de arrugada
piel, caudato,[23] umbilicado higo;

y una madura oliva que en la salmuera está
ensaboreciéndose; y sin hollejo una fresca nuez;

también un racimo denso de turgentes granos, negro
como el rizado cabello de un efebo; y dos

membrillos, casi gemelos en sus túnicas de oro;
y un pepino sobre su hoja; y dos

peras, jugosa la una, que apaga la sed, áspera la otra,
que incita a beber al bebedor; y algunas

almendras tan tiernas que temen ser mordidas;
y una pina, cerrada aún por la tenaz

resina; y, bien empapadas, cinco hogazas untuosas
sobre una mesa nítida; y algo de miel

rubia; y un vaso de nardo puro; y una taza de arcilla,
de doble asa, donde la caprina leche

cuájase; y vino puro que extraído fue por la espita
prudentemente, sin turbar la cuba:

Pan, estas ofrendas te consagra en el antro Lamón
el arcadio,[24] y otras más ricas te promete además,

si en el nuevo certamen de flauta, oh Pan, tú le asistes
e, invisible, soplas por sus cañas.

Yo no los frutos, sino las siete cañas agudas
te consagro, bien entretejidas con olorosa cera.

Largo tú me seas de frutos en la breve estación:
¡a mis placeres, Pan, y a la dulce Invitada!

CANTO DE LA INVITADA

I

¡Al mar, al mar, Invitada, al libre
mar, al fragante verde Adriático,
al mar de los poetas, al presente
dios que tempera mis nervios y canciones!

De la infecunda sal fresquísimas
surgen las albas de junio: escalofríos
y temblores encrespan las aguas;
cantan al viento las selvas en flor,

cantan al viento epitalamios,
Invitada, ¿oyes? Bajo las cortezas,

por todas las fibras sienten
ascender la linfa conquistadora;

sienten, desde las profundas gemas, prorrumpir
viva la fuerza de las ramas; el espíritu
del polen sienten en sus profundos
óvulos descender desde las anteras;

sí, y felices de todas las alegrías
del verde nimbos de efluvios esparcen
por las albas. ¡Con qué canciones
maravillosas responde el mar!

Conviene sobre el mar extender los brazos,
mirando al sol formular los augurios.
A nuestro amor, Invitada, conviene
tener propicios el mar y el sol.

—¡Sonríe, oh sol! También a nosotros tu espíritu
sagrado invadió por cada arteria:
somos nosotros dos troncos vírgenes
de enlazadas ramas floridas.

¡Sonríe, oh mar paterno, sonríeme
tú con el amor, tú con la gloria,
con estros tú, fuertes y serenos,
que una nueva adoradora yo te traigo!

II

¿Quieres tú, dulce Invitada (¡tú que virginal
un día reflejaron las aguas del Áfrico!),
en el soneto de Cino
oír tus alabanzas?

¿O que en el dístico se oigan temblar
vivos tus libres cabellos y aromen
los bosques por donde me sigues
ligera como un antílope?

¿Quieres tú ascender (¡tú que de aureolas
de oro los crepúsculos de Fiésole coronaron!)
la canción que Petrarca
consteló con sus lágrimas?

¿O que la alcaica irrumpa del alma

con un anhelo marino, y ágil
tus sueños persiga
la estrofa de Asclepiades?

III

Cuando los jóvenes rayos del sol alborozos
áureos en las aguas turbias encienden,
la valisneria,[25] en el fondo,
recibe al dios con un temblor;

y las flores femíneas ávidas emergen
sobre sus volubles espirales, al polen,
a las auras, al sol ofreciendo
sus cálices lujuriosos:

las nupcias sonríen, auspicios cantan
por el selvático estanque los favonios,
mas las flores masculinas al sol
flotan entristecidas;

tal del alma, por el diamantino
fulgor de tus iris, con un ímpetu
de nueva juventud
me sube el deseo;

y a tu flexible flanco de antílope
tiendo mis brazos, y a tu temerosa
boca anhelando amor
tiendo yo mi boca temerosa:

suenan los besos, corren estremecimientos
largos por las íntimas venas, ¡pero rígidas
a tus pies caen
con alas truncadas las estrofas!

IV

Por ti germine la égloga en los ocios
de la tarde, entre el salitre
de los vientos marinos, entre los trinos,
en una selva de naranjos en flor.

Por ti las frutas áureas se asomen
entre el obscuro verde, por el lejano

Adriático se pierda un enjambre
de velas rojas, callen las playas,

Invitada, y yo vea sobre tus pálidas
mejillas, de improviso, abrir sus cálices
la sonrosada flor del deseo,
en tus ojos leonados sonreír el sol,

descelar vea yo tu boca como
un suculento fruto... ¡Oh delicia,
sentir en un beso infinito
derretirse tu fresca pulpa suave!

V

Duermen las aguas en el plenilunio
de junio. Los grandes escollos relucen,
encerrando en la callada piedra
la desconocida vida del mar.

Nubes vastas como tálamos
cuelgan de lo alto del cielo: esperan
amantes divinos. ¿No sientes,
Invitada, el divino olor del mar?

¿No oyes? Despiertan las aguas con un
largo temblor; en el viento palpita
el ala de un canto. Esta noche
las sirenas cantan en el mar.

¿A qué nave perdida cantan?
A su peligro ¿qué proa atraen?
Pálidos están los marinos cuando
las sirenas cantan en el mar.

¡Escucha! ¡Escucha! Lenta difúndese
la peligrosa música: acuden
los enjambres de los sueños. ¿No bebes,
Invitada, el divino olor del mar?

VI

Van los efluvios de las rosas desde los vergeles,
desde las cuerdas van las notas del amor,
lejos van por la alta noche

llena de encantamientos.

El áspero vino de la juventud brilla y arde
en las arterias humanas: lleva el aura a ratos
una tibieza voluptuosa
de alientos femíneos.

Suspiran las aguas en las playas solitarias; van,
van los efluvios de las rosas desde los vergeles,
van las notas del amor
muy lejos, con los meteoros.

VII

¡Hoz de luna menguante
que brillas sobre las aguas desiertas,
hoz de plata, qué mies de sueños
ondea bajo tu apacible claridad!

Anhélitos breves de hojas,
suspiros de flores, desde el bosque
soplan hacia el mar: ni canto, ni grito,
ni sonido por el vasto silencio va.

Fatigado de amor, de placer,
el pueblo de los vivos se adormece...
¡Hoz menguante, qué mies de sueños
ondea bajo tu apacible claridad!

VIII

Rompen las aguas olorosas
con débil música en la playa;
centellean las Osas en el cielo profundo:
un filo de luna sobre el mar se ocultó.

A ratos, de las eras lejanas
me llegan las canciones con el viento;
centellean las Osas en el cielo profundo:
cerca está Bootes,[26] que en el cielo las guió.

El lento respirar de la selva
llena las pausas del mar;
centellean las Osas en el cielo profundo
y el Cisne [27] que el alma Testíada amó.

Un escalofrío me recorre; las venas
un hielo divino me invade...
Están pálidas las Osas en el cielo profundo:
es la señal del alba, que ya se despertó.

IX

Frescos, los vientos matinales la selva
invaden: escalofríos, murmullos, con los olores

salados por la amplia calma
van del interlunio.

¿Qué vaga claridad de ámbar por las orillas extremas
se difunde? ¡Qué dulce tiembla el mar!
Ella duerme. ¿Al amor mío
ríes, alba? ¿A sus últimos sueños?

Ríes. ¡Los sueños que en su corazón matinales
florecen yo, sobre el mar, en tu risa,
alba, veo cual cándidas
bandadas de náutilos!

X

Dormía profundamente. Las caricias
de tus dedos de oro ya no sentía
entre mis cabellos, ni dulce
ya por mi supino rostro tu aliento.

Mas nítida sentía por todo mi ser
una fuerza desconocida. Mis jóvenes
cabellos parecían, en el sueño,
como un arbusto fortalecerse.

Enredarse por todos los músculos
sentía mis nervios, que se hacían
raíces, fibrillas que succionaban
ávidas la sangre de mis venas;

y desde el profundo corazón, donde mi alma
hierve, por el nuevo tallo con ímpetu,
la tibia linfa bermellón
al fin alcanzaba las últimas cimas.

Entonces, a la luz del sol, de las rosadas
yemas prorrumpió rápida a los vientos
la noble infancia de las ramas;
y de las ramas las hojas, las flores:

resplandecientes hojas, admirables
flores, amplias corolas de púrpura
que ardiendo daban olor
como urnas llenas de fuego y de aroma:

Las hojas, las flores extrañas brotaron

a miles, a miles. Expandía el árbol
divino en el aire inmóvil
su potencia nunca vista;

se expandía la sombra, llena de efluvios,
sobre tu cabeza; y tú, bebiéndola,
cantabas casi ebria, en el sagrado
silencio, un canto nunca oído.

Cantabas como en una fábula,
coronada de oro. Mis cálices
purpúreos se henchían, como
de fresco rocío, de tu voz.

Ebria cantabas las metamorfosis
misteriosas. Y yo ajeno
a los asuntos humanos estaba, y a toda otra
cosa mortal, en mi florecer.

Y el canto y la flor, doble prodigio
ascendente, el sumo cielo alcanzaban...
¡Ah, toda la alegría del mundo
en tu cantar, en mi florecer!

XI

¡Canta la alegría! ¡Yo quiero coronarte
con todas las flores para que tú celebres
la alegría, la alegría, la alegría,
esa magnífica donadora!

Canta la inmensa alegría de vivir,
de ser fuerte, de ser joven,
de morder los frutos terrestres
con firmes y blancos dientes voraces,

de poner las manos audaces y codiciosas
sobre toda dulce cosa tangible,
de apuntar el arco sobre toda
presa nueva a que el deseo aspire,

y de escuchar todas las músicas,
y de mirar con ojos llameantes
el rostro divino del mundo
como el amante mira a la amada,

y de adorar toda huidiza
forma, todo signo vago, toda imagen
vana, toda gracia caduca,
toda apariencia en la hora breve.

¡Canta la alegría! Lejos del alma
nuestra el dolor, ropaje cinéreo.
Es un mísero esclavo aquel
que del dolor hace su vestido.

¡Tuya la alegría, Invitada! Yo quiero
vestirte con la más roja púrpura
aunque deba teñir tu
lino en la sangre de mis venas.

¡Con todas las flores quiero coronarte
transfigurada para que tú celebres
la alegría, la alegría, la alegría,
esa invencible creadora!

XII

¡Dulce disfrutar de la sombra y el aura
bajo los cerezos! Lejos queda el árido
amarillear de las playas y el llameante,
bajo el sol de junio, trémulo mar.

Lejos, en los solitarios parajes,
reina el Mediodía, atroz déspota,
mientras yerran por los horizontes
densas calimas violáceas.

¡Dulce disfrutar de la sombra y el aura
bajo los cerezos! Las ramas ceden
bajo el peso de sus frutos bermellón,
que casi parecen tintinear.

Crepitan las ramas al rítmico empuje
del columpio pendular; y nuestro doble
amor se mece entre los juegos
del sol con espíritu pueril.

Salen de las ramas pequeñas crepitaciones
de rotas fibras, los frutos llueven
purpúreos; el sol por las frondas
fulgura con saetas de oro.

Pero tú no temes. Tú ríes, impasible.
En su ondear, derramada palpita
tu cabellera que me viste
como una túnica portentosa.

Todo me viste tu cabellera derramada:
sobre mi carne siento vivir
sus innumerables fibras,
y cada una tiene un temblor como de ala.

—¡Arriba! ¡Arriba! Los cielos alcanzar
quiero contigo, tener por tálamo
la nube profunda... —Tú ríes,
tú ríes, impasible: tú no temes.

Tú, con tus desnudos brazos a mis hombros
fuertes apretada, por entre el granizo
bermellón y los dardos del sol,
tú ríes, impasible: tú no temes.

Y ríes y ríes: bajo la cándida
fuerza de tus dientes brotan ya
los prietos frutos turgentes,
y su humedad voluptuosa

yo en mis besos succiono... ¡Oh delicia
suprema! El mar, el sol, los árboles,
los frutos, tus cabellos, el amor,
la juventud, llama del mundo,

y las cascabelinas risas femíneas
como el cristal, y los róseos vértices
de un seno, y los gestos graciosos,
y una música de palabras,

todo apariencias divinas, crean
esta perfecta alegría que los hombres
conocieron bajo tus antiguos
cielos, oh Hélade, y conocimos

en un tiempo también nosotros cuando, en una isla
armoniosa del Archipiélago,
ella se llamaba Ioesa
y yo llamábame Dorión,[28]

y la una en voto ofrecía a Venus

de Chipre el espejo, el cinto, el peine,
y el otro consagraba a Apolo
Delio la red, el arco, la lira.

OFRENDA VOTIVA

El citarista Eunomo de Locri[29] consagraba en Delfos
una cigarra de trabajado bronce al dios.

Había un certamen de cítara. Y el rival de Eunomo,
Esparto, allí estaba preparado; y allí los jueces

estaban, y atentos acercaban sus delicados
oídos al docto sonido, graves los rostros, sentados.

Alto flameaba el día sobre el rojo toldo, irradiando
cerúleo a lo lejos, entre los oleastros, el mar.

En la divina luz la febea[30] prueba más solemne
era: les temblaba a los contendientes el corazón.

Cuando al tañido, del plectro de oro sonó la cítara
locrita, una cuerda rompióse con un silbido.

De palidez se cubrió Eunomo, temiendo
que faltase la nota justa en el acorde pleno,

a los delicados oídos de los jueces; ¡cuando sobre la barra
del instrumento, sobre la desierta clavija

vino a posarse, ebria de rocíos, una cigarra cantora,
que de la ausente cuerda el perfecto sonido

dio, entonando de improviso al modo eolio[31] la agreste
voz que poco antes era de los bosques alegría!

Venció por tal ayuda, en presencia de los ilustres jueces,
el citarista Eunomo, venció la hermosa prueba.

Por lo que, Rey Apolo, oh arco de plata,[32] hijo
de la inmortal Leto, el coronado Eunomo

quiso honrarte en Delfos, ofreciéndote sobre una cítara,
forjada en el más rico bronce, su cigarra.

No sólo, como al de Locri, la séptima cuerda

rompióseme silbando repentinamente, oh dios.

Todas las cuerdas, por virtud del plectro, se rompieron: abandonadas
sobre la barra ebúrnea, están las clavijas;

cuelgan retorcidos los nervios; entre los grandes cuernos lunares
teje la araña en el espacio vacío.

Tal, oh Esminteo,[33] sobre el tronco insigne del laurel, la consagrada
lira aparece, cual inútil astilla.

Pero, apenas tus caballos alcanzan lo más alto del cielo
con sus ardientes cervices, oh Febo, encrinado auriga,

(ansioso respira el bosque, de lejos refulgen los golfos
que la divina curva fingen de tu Arco)

llegan las cigarras que al alba bebieron una gotita
de celeste rocío y aún están ebrias,

llegan sobre aquella exánime; y, quietas, bajo
sus alas maravillosas, tales ríos de melodía

vierten en la cóncava bóveda que nunca
extrajo el plectro más suaves notas,

ni sobre las tierras y las aguas, ni sobre nuestros queridos
pensamientos, fluyó con el sonido serenidad más pura.

Por lo que me sonrío, oh Cintio, de Eunomo; pero que en mi pecho
no tiemble, como al citarista, el corazón.

Serénase con el continuado sonido nuestra alma,
satisfecha de su silencio, rica de sus pensamientos,

como un hermoso trirreme anclado en un puerto,
de regreso de su periplo, cargado de bellos tesoros.

NOTAS

1. Diosa de Chipre, así es invocada Venus, diosa y reina de Chipre, por los poetas de la *Antología Palatina.* También «Anadiomena», nacida de las aguas. Uno de estos poetas es Meleagro de Gádara (siglo II a. de J.C.) que vivió y murió en la isla de Coos. Compuso un poema, *La Gracia,* por lo que de él dice D'Annunzio «el último hijo de las Gracias». Entre sus poemas

eróticos figuran los dedicados a Heliodora.
2. Vientos suaves y apacibles.
3. Grito de los Diez Mil de Jenofonte.
4. Pie de la poesía griega compuesto de dos sílabas breves. Sin embargo, no consta que lo utilizase Asclepiades de Samos, poeta de la *Antología Palatina.*
5. El poeta se ejercita en su arte, invocando el magisterio de Horacio. Mas no comparte la actitud epicúrea de éste (cécubo: vino de la antigua Roma), sino que se dedica al sobrio (indica bebida: el café) ejercicio de la poesía (dáctilos: pie de la poesía griega de tres sílabas).
6. La inspiradora de *Primo vere,* primer libro del poeta.
7. Fray Juan es el pintor fiesolano Fray Angélico. Mino es un escultor, también fiesolano. Más adelante se hace mención de los poetas estilnovistas Guido Cavalcanti y Cino de Pistoya, así como del poeta Angelo Poliziano.
8. Balada de Cino de Pistoya.
9. Monte toscano, que sin embargo nada tiene que ver con el Áfrico, afluente del Arno, ni con el paisaje fiesolano.
10. Del Samnio, antiguo país de la Italia prerromana, ubicado en los territorios del actual Abruzzo, patria de D'Annunzio.
11. El poeta vuelca su inspiración en el ritmo ascendente del hexámetro, para luego disolverse en el pentámetro, versos de las poesías griega y latina de seis y cinco pies respectivamente.
12. «Maenalius deus», dios del monte Menalio. Es decir, Pan.
13. La diosa Diana, a la que todas las ninfas estaban sujetas.
14. Hace referencia a. los viñedos de los collados de Alba, de donde se extraía el vino albano, muy apreciado por los antiguos y, cómo no, por Horacio, amante del vino donde los haya. Del albano decía en unos versos tener guardada un ánfora de nueve años.
15. Horacio habitaba con frecuencia en la Villa Sabina, don de Mecenas. Esta finca era atravesada por el río Digencia, a lo lejos podía divisarse las ruinas de un templo dedicado a la diosa Vacuna.
16. El mito de Atalanta, según se cuenta en las *Metamorfosis* de Ovidio. Atalanta, velocísima, gran cazadora, desdeñaba a todos sus pretendientes, a los que hacía matar si vencía en la carrera a la que les desafiaba. Hipomenes, hijo de Macareo, acepta el reto. Atalanta, entonces, conmovida, intenta disuadirle. Insiste Hipomenes solicitando la ayuda de Venus. La diosa le dará tres manzanas de oro que, en la carrera, Hipomenes arrojará a los pies de Atalanta quien, deteniéndose a recogerlas, será vencida.
17. Oréade: ninfa de los bosques.
18. Asclepiades de Samos dio nombre a la estrofa asclepiadea, cuya armonía ahora inspira al poeta.
19. El poeta acomete nuevamente la composición de dísticos elegiacos, tal como otrora hiciese Ovidio.
20. Cupido, «de la prole de Venus». Ovidio *(Amores,* I, 1) finge que el pequeño dios del amor interviene en la composición de sus versos,

escamoteando un pie al segundo de sus hexámetros, con lo que el verso adquiere un tono más ligero (pentámetro).

21. Alumno de los partos, inmejorables arqueros.

22. Ofrenda al dios Pan al modo de la *Antología Palatina.* Muchos de los presentes que aquí se enumeran figuran en la misma.

23. Caudato: provisto de cola. El rabillo del higo.

24. Nombre de un campesino que hace ofrendas a Príapo en la *Antología Palatina.*

25. Planta acuática cuyo lujurioso florecer bajo la influencia del sol compara el poeta con su propia excitación ante la presencia de la amada.

26. Constelación próxima a la Osa Mayor. En lenguaje poético es también llamada «el Boyero», el que conduce el Gran Carro.

27. Otra constelación. Bajo la forma del cisne Júpiter amó a Leda, hija de Testio («Testíada»).

28. Ioesa y Dorión: estos dos nombres se pueden leer en los *Diálogos de las cortesanas,* de Luciano. Ioesa, que significa violeta, dedicaba a la diosa Venus los instrumentos de su belleza. Dorión, cazador, arquero y citarista, como se lee en la *Antología Palatina,* dedicaba la red, el arco y la lira.

29. D'Annunzio evoca el recuerdo del citarista Eunomo de Locri, tal como consta en dos epigramas de la *Antología Palatina,* de los que esta primera parte de la «Ofrenda votiva» no es sino reelaboración solemne. Asimismo Estrabón narra la anécdota y cuenta que en Locri se puede observar la estatua de Eunomo.

30. De Febo, dios del canto y de la música.

31. Acompañando el canto con la cítara.

32. Así era llamado el dios por Homero. Más adelante se hace referencia a la diosa Leto, o Latona, madre de Apolo.

33. Así llamado por el templo que a su culto había consagrado en Esminta.

* * *